

































































Pasé con premura las páginas de mi atlas con la intención de encontrar el mapa del Pacífico norte y hallé las coordenadas —44,7° N - 178,1° E— del punto en el que, aquel día o aquella noche de enero de 1992, los muñecos se convirtieron en náufragos y señalé el sitio con un trocito de post-it amarillo. Qué calmado —qué verdaderamente pacífico— se veía aquel océano de forma vagamente triangular en la representación abstracta del cartógrafo. Qué transparentes sus aguas, como si alguien hubiese vaciado toda la cuenca marina y hubiese pintado su fondo montañoso en diversos tonos de azul piscina. Muy lejos de allí, hacia el este, flotando en su pedacito de tierra como un insecto sobre una hoja, estaba Sitka. Y mucho más allá, enorme como un continente, estaba China, donde con toda probabilidad alguien en alguna fábrica estaba en ese preciso momento trayendo al mundo nuevos patos de goma. Fue entonces, mientras estudiaba el mapa y trataba en vano de imaginar el periplo de los juguetes, cuando me vino a la mente la pregunta más fascinante que se me podía ocurrir: ¿Y si...?

¿Y si seguía la pista de los juguetes hasta donde me llevase desde aquella fábrica en China a través del Pacífico y hasta el Atlántico? No iba a poder hacerlo en un solo verano. Harían falta varios meses, quizás un año entero. Tal vez tendría que cogerme una excedencia, o dejar la enseñanza del todo. No estaba seguro de cómo llegar ni de si llegaría a todos los sitios que aparecían en mi mapa, pero quizás ésa era la cuestión. Los juguetes habían ido a la deriva. Yo iría también. Los vientos y las corrientes trazarían mi rumbo. La casualidad sería mi agencia de viajes. Como poco sería toda una experiencia, y las aventuras escasean en estos tiempos. Y si tenía suerte, aquel podría resultar un auténtico viaje de descubrimiento. Los europeos de la Edad Media dividían la vida humana en cinco etapas, la primera de las cuales se conocía como la edad de los juguetes. Me daba la impresión de que en Estados Unidos en el siglo XXI la edad de los juguetes nunca se había acabado. Sí, existen novelas y otro tipo de historias que pueden llevarnos a odiseas ilusorias, pero también pueden conducirnos a otras «desilusorias», y era ese tipo de viaje el que ansiaba emprender. No es que quisiera, como Cook, Amundsen, Vancouver, Bering y todos aquellos exploradores fallecidos, convertir la *terra incognita* en *terra cognita*, convertir el mundo en un mapa. Más bien al contrario: lo que yo quería era convertir un mapa en el mundo.